

LAS CUEVAS COMO HÁBITAT TRASHUMANTE: UN TIPO ARQUITECTÓNICO CONVERTIDO EN ARQUETIPO

JAVIER SORIANO MARTÍ¹

I. INTRODUCCIÓN

La trashumancia, la práctica ganadera más exigente a todos los niveles en el mundo mediterráneo (kilómetros recorridos, necesidad de infraestructuras, obligado trabajo de los guías del ganado, etc.), ha originado múltiples tipologías de edificios para garantizar refugio a los rebaños y los pastores. Quizás los más sencillos y, a la vez más funcionales, sean las cuevas o balmas, que otorgaban protección temporal —unas horas, un día a lo sumo— a los protagonistas de la actividad. Estas construcciones, a diferencia de las restantes diseñadas con finalidad trashumante (corrales, corralizas, descansaderos, etc.), presentan una sorprendente unidad tipológica: planta similar (siempre rectangular, ovalada o absolutamente irregular), idéntica técnica constructiva (piedra seca o mampostería), cubierta natural (la oquedad excavada por la erosión en la roca), emplazamientos dominantes y relativa proximidad a fuentes de suministro de agua. Su funcionalidad ha convertido a este tipo arquitectónico en un auténtico arquetipo que se difunde por lugares tan distantes como Aragón, la Comunitat Valenciana y Cataluña, pero también en las islas Canarias. La cronología de la utilización de estas cuevas-corral resulta difícil de precisar, pero su ocupación pecuaria debió prolongarse a lo largo de los siglos

1. Universitat Jaume I.

y, probablemente, desde tiempos remotos, ya que el aprovechamiento de cuevas como hábitat es una realidad inherente a la formación de las sociedades mediterráneas.

2. LAS CUEVAS-CORRAL, UN ARQUETIPO TRASHUMANTE

La aparición de construcciones con finalidad ganadera y trashumante se remonta a tiempos remotos en la península Ibérica, donde la importancia de la cabaña lanar motivó la creación de modestos edificios —barracas, corralizas, corrales, pallozas e incluso cuevas— o su adaptación para servir como refugio de animales y pastores desde época prerromana (Celada *et al.*, 1993: 15). La utilización de cuevas para guardar el ganado está documentada en la prehistoria (Aguilella *et al.*, 1999; Gusi y Aguilella, 1998)², en la protohistoria³, debió ser habitual en la época íbera⁴ y, desde luego a partir de la Edad Media, uno de los momentos

-
2. La cultura de las cuevas, en el neolítico medio, se asocia a una utilización funeraria de las cavidades —los huesos de ovejas, cabras y otros animales se han vinculado a ofrendas rituales—, aunque la Cova dels Diablets, en Alcalá de Xivert, pudo ser ocupada como refugio ocasional por pastores en época histórica (Aguilella *et al.*, 1999: 25).
 3. La utilización de cavidades no debía ser ajena a una sociedad que realizaba un intenso aprovechamiento de los pastos litorales en las tierras comprendidas entre el Ebro y el Millars en el siglo VIII antes de nuestra era, donde abundaba un tipo de hábitat semisedentario practicado por pueblos de economía pastoril procedentes de áreas vecinas más pobladas, como el Bajo Aragón (Filoli, 1999: 97).
 4. La existencia de algunos poblados íberos excavados en la roca (Gusi y Olària, 1984, 29) puede marcar la transición entre diferentes etapas históricas para entender la ocupación de cavidades por los pastores y sus animales. Esos poblados solían tener dependencias especializadas para los rebaños y, además, se ha confirmado la existencia de asentamientos de vigilancia y control de la ganadería, actividad económica cuya esencia la constituían los productos derivados de las ovejas y las cabras entre los siglos VIII antes de nuestra era y el año 100 (Colominas, 2004-2005: 213). Por otra parte, parece probado que el Puig de la Nau, en Benicarló, estuvo poblado inicialmente por pastores trashumantes del Bronce final que buscaban las suaves temperaturas invernales de la costa (Oliver, 2005: 33).

históricos de mayor intensidad reguladora en materia de aprovechamiento de pastos.

La toponimia aporta noticias adicionales sobre la ocupación trashumante de las cavidades, ya que existe un rico elenco de términos que aluden a cuevas en el ámbito mediterráneo: cava, covarcho —cruce de los vocablos ‘hueco’ o ‘cavidad’, con ‘caverna’ o cueva profunda—, covatillas, coveta, cuevas, cuevonda, covarrón, etc. en comarcas como el Alto Mijares y Alto Palancia (Nebot, 1991: 189); en el Maestrat encontramos la Coveta del Malladar (Bernat, 2000: 67), que sugiere una fusión entre cueva y majada; sin olvidar topónimos tan sugerentes como Roca de la Cova, localizado en la Cova dels Aragonesos, en las proximidades del Coll de la Bassa, un puerto de montaña con evidentes connotaciones trashumantes en Atzeneta del Maestrat (Bernat, 2000: 169).

La normativa medieval también es una herramienta útil para analizar la utilización de cuevas-corrал en las prácticas trashumantes y confirmar la aparición de un arquetipo, constituido por una serie de cualidades difíciles de igualar por edificios de mayor complejidad, como los corrales o las barracas de pastor.

Las cuevas aportan sencillez constructiva y austeridad económica, ya que gran parte de la infraestructura demandada por los animales y los ganaderos está a disposición del pastor, que solo tiene que parcelar el espacio interior y, en ocasiones, construir un muro de acceso y protección en el umbral de la cavidad para culminar el aislamiento aportado por el techo natural.

Las similitudes de esta tipología pecuaria vienen dadas igualmente por su ubicuidad territorial —su presencia es habitual en todos los sectores del Sistema Ibérico y sus estribaciones (Aragón, Comunitat Valenciana, sur de Cataluña), pero también en zonas prelitorales⁵—, el

-
5. La provincia de Castellón, la segunda más montañosa de España, se caracteriza por tener un relieve abrupto en casi el 90% de su territorio. Si a esa realidad se añade un sustrato calizo mayoritario, erosionado con relativa facilidad por el agua, dando lugar a múltiples formaciones kársticas, no será extraña la abundancia de cuevas. A esto cabe añadir que comarcas como Espadán (Vidal, 2006) o el Baix Maestrat (Del Río, 2004) se convierten en

emplazamiento siempre dominante —suelen situarse en lo alto de las laderas y terrazas fluviales—, la proximidad de puntos de abastecimiento de agua —en ocasiones coincide la presencia de cuevas con la de manantiales—, la proximidad a las rutas pecuarias y un elevado paralelismo entre la ubicación de estos refugios naturales y los cauces de los cursos fluviales, que a menudo sirven como vías de acceso para los rebaños trashumantes.

El carácter de río seco que tienen ramblas y barrancos en el mundo mediterráneo ha concedido a los rebaños una oportunidad para mejorar la accesibilidad de las áreas donde pasan el verano y/o el invierno, sobre todo desde que la motorización y la urbanización comenzaron a alterar las milenarias rutas trashumantes.

Los cauces de la rambla de la Viuda, rambla Carbonera y rambla Cervera, todas en el norte de Castellón⁶, han sido utilizados por el ganado con asiduidad y, de hecho, donde sus lechos resultan accesibles desde ambas riberas —pueden estar cultivadas o ser áreas de matorral, bosque o pastizal— se han trazado kilómetros de muros delimitadores para impedir o regular el acceso de los animales a las fincas colindantes.

Las cuevas-corral, por último, destacan por ejercer una funcionalidad estratégica para el pastor, que encuentra lugares para cobijarse con sus animales en casos de emergencia (una oveja embarazada ralentiza el ritmo del grupo y anochece) o en momentos de inclemencias meteorológicas (tormentas, nevadas, granizadas, olas de frío, etc.), sobre todo cuando apremia el tiempo para cumplir los estrictos plazos otorgados por la legislación medieval para cruzar los términos municipales o la jurisdicción

tierras ricas en pastos de invierno para la trashumancia de largo recorrido, incluidas las rutas que enlazaban con los Pirineos (Guinot, 1992-1993: 257). La ocupación ocasional de cuevas debía ser frecuente en esos espacios litorales o prelitorales, como la sierra de Irta.

6. Diversos autores han recogido en sus obras la utilización pecuaria de esos caminos naturales (Segura, 1987 y 2003; Del Rfo, 2004; Morales y Seguí, 2007), en los que su elevada pedregosidad no ha sido obstáculo para un intenso trasiego ovino y caprino.

comarcal correspondiente⁷. En algunas ocasiones, por tanto, las cuevas se convierten en sustituto natural de corrales o masías como puntos de descanso.

Las orientaciones mayoritarias hacia el mediodía (S o SW) de las bocanas de esas oquedades excavadas en la roca es un punto coincidente con los restantes tipos de la arquitectura trashumante (barracas de pastor, corrales, corralizas, masías, etc.) y una cualidad adicional que ayuda a completar la formulación del arquetipo trashumante.

Las cavidades reutilizadas como corral debieron ser prácticamente insustituibles en lugares donde era inviable construir corrales o corralizas⁸. Este elemento patrimonial cuenta con la particularidad añadida de adaptarse perfectamente tanto a las comarcas donde las diferentes instituciones pecuarias velaron desde finales del siglo XIII por edificar un denso paisaje de campos cerrados (el clásico *bocage*) en el que los azagadores y cañadas, con sus muros delimitadores, formaban parte esencial, como a

-
7. En la Tinença de l'Alcalatén (Castellón) la normativa obligaba a los pastores a anunciar la llegada de sus rebaños 15 días antes, pero no se especifican límites temporales de estancia o paso (Rubio, 2006: 118). En cambio, en Vilafranca (Castellón), el tribunal del ligallo (constituido por concesión real del 16 de mayo de 1271) establece 24 horas como límite para los rebaños trashumantes: “Que en lo terme de Vilafranca camí caminant no puxen aturar sino un jorn natural, pero que dins aquell dia agen haigen ha entrar e eixir del dit terme de Vilafranca” (VV.AA., 1987: 183). El dilatado término de Morella obligaba a aumentar los plazos y los pastores de Sant Mateu podían demorarse dos días y una noche o dos noches y un día para atravesar tierras morellanas (Sánchez, 1992-1993: 356). Encontrar cobijo en lugares próximos debía ser una necesidad frecuente, tanto para pernoctar como para guarecerse de los efectos de una tormenta. Las cuevas debieron suponer uno de los recursos más socorridos.
 8. Los pastores conocen el territorio a la perfección —poseen una sabiduría popular que a duras penas se preserva hoy en día por la transmisión oral (Celada *et al.*, 1993: 33)— y tienen en sus rutas refugios aparentes para pasar la noche con el rebaño, por lo que no es extraño que incluyeran en ese catálogo algunas cuevas en lugares de paso, poco accesibles —algunos de los valles de penetración hacia el interior son ciertamente angostos— o con escasez de materia prima para construir un corral.

territorios donde las lindes se limitaban a mojones que marcaban los itinerarios trashumantes con precisión.

Las cuevas, en cualquier caso, deben ser diferenciadas de algunos sucedáneos de relevancia notable en el mundo trashumante, como las balmas o majadas, una especie de corralizas construidas como anexos de los paredones rocosos que forman las cimas de las muelas calizas en tierras de la montaña media mediterránea. Y tampoco cumplían funciones trashumantes las covachas y abrigos bien analizados por los especialistas en arqueología y prehistoria, cuyas dimensiones —longitud y estrechez— hacen inviable conseguir protección para el ganado. Algo similar ocurre con las numerosas cuevas pequeñas, sin la profundidad suficiente para servir de cobijo a los rebaños, de las que tenemos noticias a través de la toponimia, como El Covarxet, en Atzeneta (Bernat, 2000: 169).

En suma, las auténticas cuevas-corral son habitáculos amplios, excavados y labrados por la erosión en las rocas —preferentemente calizas, pero también en estratos de conglomerados u otros materiales geológicos— y que requieren mínimas intervenciones para su adaptación como espacio pecuario.

Los ejemplos que todavía se conservan en Benaguasil (Valencia) son dignos de mención, como Les Coves de Tono, la Cova de Pujau o la Cova de Sensio (Cervera *et al.*, 2005: 55, 214 y 215). Los tres coinciden por su emplazamiento en las proximidades de un azagador y junto al lecho de una rambla.

Otro de los núcleos de gran densidad ganadera a escala de la Comunitat Valenciana, la Foia de Alcoi, también destaca por la relativa abundancia de cuevas (Martí *et al.*, 1977: 23; Beltrán *et al.*, 1974: 8), en las que junto a manifestaciones del arte rupestre levantino se puede plantear la hipótesis de una utilización trashumante más o menos intensa a lo largo de la historia como consecuencia de sus características coincidentes con las restantes que formulan el arquetipo: emplazamientos dominantes sobre el valle del río Serpis, cavidades amplias y proximidad a rutas ganaderas ancestrales.

En Puertomingalvo, por ejemplo, las Cuevas del Mas de Herrero pudieron tener un ocasional uso pecuario en casos de tormenta (Solsona,

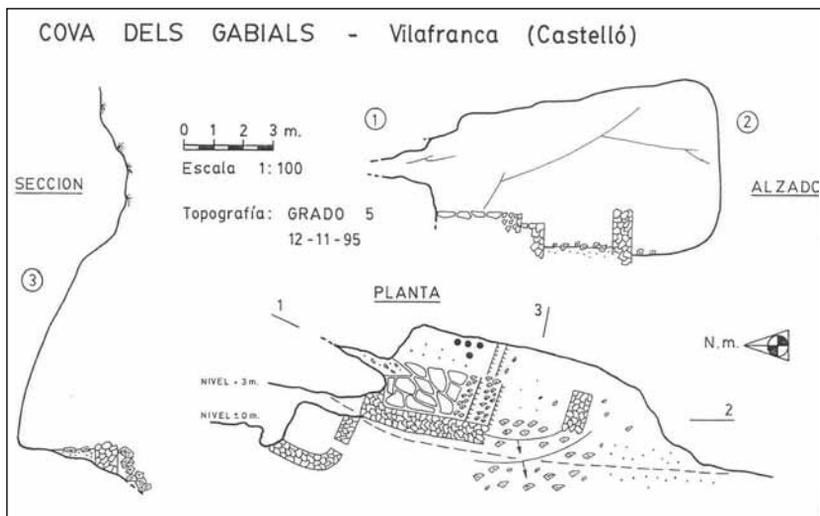


Figura 1. Cova dels Gabials, en Vilafranca (Castellón).
Croquis extraído de Viciano (2003-2005)

2001: 88), aunque en tierras turolenses esas cavidades tienen un carácter polivalente porque sirven como aprisco para el ganado lanar —hasta un centenar de cabezas cabría en la Cueva de la fuente de la Zarza—, como calera —cantera para extraer losas de piedra caliza—, pero también como refugio durante la postguerra (Solsona, 2001: 146).

Similares características presentan las cuevas de la sierra de Espadán, Els Ports o el Maestrat⁹, comarcas cuya historia trashumante adquirió una importancia vital en la Edad Media gracias a la salida comercial de la lana hacia Italia. En Culla (Castellón), excavadas en las terrazas del río Monlleó —con potentes estratos formados por conglomerados—, tanto las

9. Algunas de las cuevas que conservan muestras del arte rupestre levantino, como la Cova Fosca o la Cova del Mas dels Cirerals, en Ares (Castellón), han sido también utilizadas recientemente como corrales como lo atestiguan las divisiones internas a base de paredes de aparato seco (Olària, 2007: 227 y 243). Esas cuevas debían servir de refugio alternativo a las masías, corralizas y corrales que jalonan la densa red de azagadores en torno a las muelas de Ares (Soriano, 2007: 140).

cuevas de Faustino como las de Miquel conservan paredes de piedra en seco que desvelan su uso como corrales de ganado. La presencia de pesebres y abrevaderos refuerzan la teoría. Algo similar ocurre en la Cova dels Gabials, en Vilafranca (Figura 1), donde se aprecia una interesante división de espacios para el ganado y los pastores.

Y algo equivalente sucede en la comarca del Montsià, en Tarragona, donde proliferan las cuevas y abrigos rupestres, aunque no todos tienen documentada su utilización pecuaria.

El valle del río Millars y su afluente el Villahermosa, utilizado desde el siglo XIV como cauce para el trasiego de ganado desde La Plana de Castellón hacia tierras turolenses —hasta 25.000 cabezas podían subir los vecinos de Castellón y Vila-real hasta los páramos ricos en pastos en verano de la serranía de Teruel (Sánchez, 1986: 317)— aportó un buen número de corrales-cueva para facilitar el descanso de los rebaños, como la Cueva Negra de Montanejos, la cueva conocida como Torre del Mal Paso, en Castellново, a las que se pueden añadir ejemplares en municipios como Torrechiva, Argelita, etc.

3. EL SEMINOMADISMO PROPICIA EL USO DE LAS CUEVAS

Las cuevas debieron tener un uso pecuario desde tiempos remotos, sobre todo si tenemos en cuenta que en todo el Mediterráneo la ocupación de esas cavidades aparece asociada al arte rupestre levantino, donde los motivos predominantes son de caza, con mínimas referencias para el dominio y domesticación de determinados animales. Los más representados, siempre con estilo naturalista y realista, son las cabras, ciervos, toros, jabalíes y caballos (Olària, 2007: 32)¹⁰. No obstante, debe tenerse en cuenta que las cuevas como hábitat van siendo paulatinamente abandonadas y sustituidas por pequeñas aldeas al aire libre emplazadas en tierras llanas o lomas de escasa elevación, en un proceso que llega acompañado

10. En algunas cavidades del término municipal de Ares (Castellón) se observa que los animales son pintados no desde la óptica del cazador, sino más bien desde la de un pastor, por lo que se habla de una fauna doméstica o predoméstica (Olària, 2007: 231).

por la domesticación de animales y la incipiente aparición de un modesto pastoreo (Gusi, 1984: 84 y 86), que se consolida con el paso de los años para sentar las bases de la trashumancia.

En efecto, el modo de vida neoneolítico apuesta por un seminomadismo, con asentamientos de cazadores y pastores en cuevas situadas en las comarcas septentrionales de la provincia de Castellón, entre 700 y 1.300 metros de altitud (Gusi, 1984: 154). La presencia de restos óseos de cabras, ovejas, bueyes, cerdos y caballos en cavidades habitadas en dos puntos tan distantes como Oropesa o Vilafranca ratifica la existencia de una ganadería con desplazamientos de tipo nómada en la Edad del Bronce (Gusi, 1984: 163).

La utilización de cuevas en la Edad Media parece justificada, sobre todo en el antiguo Reino de Valencia, donde Jaume I concedió derechos especiales a los ‘cabaners e pastors’¹¹ para aprovechar los pastos municipales. Los conflictos que esa medida generó con la población local motivaron múltiples reticencias en algunas comarcas, donde se llegó a negar el alojamiento y la venta de víveres a los pastores. No sería extraño que las cuevas-corral se convirtieran en una buena alternativa para eludir ese boicot por parte de los ganaderos autóctonos, que se veían perjudicados por la llegada de los rebaños trashumantes¹².

La datación de la utilización de las cuevas con finalidad trashumante, no obstante, resulta realmente compleja. Además de los usos ancestrales y medievales, la teoría de un aprovechamiento masivo de esos refugios naturales a partir del siglo XVIII se fundamenta en el aumento de la extensión cultivada —los rompimientos de tierras dominan en todo el ámbito mediterráneo (Soriano y Ortells, 2001: 62)— y la reactivación de la conflictividad entre ganaderos y agricultores. El hábitat rupestre no se convierte

11. El término ‘cabaner’ hace referencia a los responsables de la cabaña ganadera, es decir, se emplea en los textos del siglo XIV como sinónimo de ganadero. Introduce, por tanto, un matiz diferenciador respecto a pastor, vocablo que sería utilizado para referirse a los guías de los rebaños.

12. La conflictividad generada en la Baja Edad Media llegó a motivar la redacción de abundantes documentos en los que se refleja el trato hostil que los pastores recibían en algunas comarcas y municipios (Rubio, 1999).

exclusivamente en refugio ganadero, ya que también debió servir como vivienda ocasional, coincidiendo con una época de grandes cambios demográficos, económicos y paisajísticos en las áreas de montaña.

En las principales cavidades analizadas no se aprecian indicios de primitivismo —estancias compartidas para los rebaños y sus pastores—, a pesar de las lógicas limitaciones de espacio. Por lo general ocurre más bien lo contrario, ya que la estructura interna podría calificarse de avanzada, con espacios cerrados para diferentes tipos de ganado (edades, razas y especies), separando claramente los lugares para los pastores, que son más cómodos e independientes. Esa aparente modernidad no solo aparece en las cuevas, también en las majadas, que escapan a ese primitivismo propio de algunas barracas o corrales.

Sin embargo, en ambos casos se suele apostar como tipología constructiva por la técnica de la piedra en seco, que refuerza las teorías de un origen remoto para la utilización trashumante de las cuevas, ya que esa arquitectura tiene orígenes ancestrales en el mundo mediterráneo, asociada a dos realidades inseparables: la abundancia de piedra en buena parte del suelo cultivable y la necesidad de separar los espacios agrícolas de los ganaderos en el seno de una economía mixta, agrosilvopastoril¹³.

La arquitectura popular de piedra en seco tiene múltiples virtudes (austeridad, durabilidad, sencillez, funcionalidad...), aunque suele ser en su mayoría fruto de la inteligencia adulta (Simó, 1993: 17) o de artesanos anónimos —en muchos casos podrían ser pastores, que en sus ratos libres vigilando a los rebaños podrían dedicarse a construir diferentes edificios— que plasman con sus manos una forma de vida (Miralles *et al.*, 2002: 43). Las referencias documentales nos permiten datar algunas construcciones en el siglo xiv, cuando los testimonios aseguran que se levantaban muros de piedra seca para acotar dehesas y bovalares, pero también

-
13. Tanto las dehesas como las dehesas boyales o boalares se convirtieron desde la Edad Media en un recurso insustituible para la economía montana, ya que esos espacios acotados suministraban una eventual reserva de suelo cultivable, pasto y frutos para el ganado, así como productos forestales como la leña o la madera (Soriano, 2002). En muchos de esos cotos comunales los rebaños trashumantes tenían vetada la entrada.

para separar unas fincas de otras o amojonar azagadores. Las barracas de falsa bóveda, por ejemplo, servían como albergue temporal para el ganado en tan tempranas fechas en Menorca (Vidal *et al.*, 2000: 162) y, por supuesto, la técnica constructiva podía usarse también para levantar los cerramientos interiores y exteriores de las cavidades en muchos lugares.

4. UN RECURSO ESTRATÉGICO Y MULTIFUNCIONAL

Las cuevas han sido utilizadas en muchas épocas como vivienda por gentes marginales o marginadas (Viciano, 2003-2005: 305) y, de hecho, en municipios como Culla se insertan en las habituales migraciones — temporales o permanentes— que se producían antaño desde las masías más recónditas emplazadas en lugares con rigurosidad térmica en invierno, hacia núcleos con mejores servicios y condiciones de habitabilidad. Muchos masoveros, en efecto, cambiaban durante unos meses su vivienda habitual por la estancia en una cueva ubicada a menor altitud y más cerca de las vías principales de comunicación.

En algunos casos podría hablarse de cuevas-masía, que también ejercen la función de cuevas-corral en determinados meses del año. La utilización pecuaria y trashumante es innegable por la presencia de compartimentos cerrados interiores, pasos de ganado, por la existencia de abrevaderos y por las dimensiones, que oscilan entre los 50 y los 175 metros cuadrados para las cavidades analizadas en el Maestrat, aunque en alguna ocasión se pueden alcanzar hasta los 500 metros cuadrados de la Cova Fosca.

Esos usos temporales han garantizado hasta hace pocos años la conservación de una auténtica red de cavidades que aumentan su utilidad por la conversión en corral eventual o como sesteros¹⁴ para huir del calor en

14. Hay que tener en cuenta que la sobreexplotación a la que se ve sometido el bosque mediterráneo puede provocar en determinados momentos la desaparición de los venerables árboles que la legislación medieval protegía en grado extremo y que, como sus nombres indican ('carrasques d'assestar'), se destinaban a dar cobijo a rebaños enteros en los momentos de mayor insolación, sobre todo en verano.

las horas centrales del día. Las cuevas, por lo tanto, se convierten en un recurso estratégico tanto en las rutas trashumantes —refugio nocturno— como en las estancias del ganado en verano o invierno en las áreas de pasto —lugar de descanso donde encontrar sombra por unas horas o protección contra el viento—, aunque sobre todo son un recurso sumamente económico.

Los emplazamientos de las cavidades establecen una íntima relación con las tradicionales vías pecuarias, entre cuyos puntos de origen y destino aparecen múltiples variantes de azagadores, cañadas, veredas y un sinfín de vías locales con denominaciones específicas (paso, cabañera, carrerada, caleja, etc.)¹⁵. No es extraño, por tanto, que los intensos lazos que unían el Reino de Valencia con la Comunidad de Teruel, con acuerdos de reciprocidad de aprovechamiento de pastos, permitieran tejer desde la Edad Media una red de cavidades útiles para la trashumancia. La coincidencia de las rutas con valles fluviales como el del río Mijares —ruta desde Teruel a La Plana de Castellón, pasando por Puebla de Arenoso y Montanejos— refuerza esa teoría.

Algo similar ocurre con la cañada que conectaba Zaragoza con Castellón y Valencia a través de Mosqueruela, Puertomingalvo, Vistabella, Lluçena y L'Alcora o las veredas entre la sierra de Gúdar y el Baix Maestrat —el puerto de Peñíscola fue el más importante en la exportación de lana hacia Italia— y el Delta del Ebro, con diferentes ramales que, en buena parte, discurren paralelos y perpendiculares al litoral. El río Júcar y sus territorios colindantes (La Ribera Alta y Baja) también eran el destino de la llamada ruta valenciana (Farnós, 1993: 42), que conectaba la sierra de Javalambre turolense con la gran llanura litoral a través del valle del río Palancia, Barracas y el Alto del Ragudo, con varias bifurcaciones hacia la sierra de Espadán.

Muchas de esas rutas estaban jalonadas por diferentes cavidades estratégicamente dispuestas por la naturaleza, como la cueva de la Borrasca,

15. El término *azagador* significa camino por donde circulan ordenadamente, unas a la zaga de otras, las ovejas y las cabras. La procedencia de este vocablo puede enriquecer el debate sobre la cronología de la trashumancia ibérica, ya que en árabe *saga* significa retaguardia.

en Vistabella, en la que se conservan diferentes paredes delimitadoras construidas con la técnica de la piedra en seco, cuya finalidad era cerrar al ganado (Viciano, 2003-2005: 315): con una boca de 3,70 metros de alto por 6,50 de ancho, el refugio penetra hasta 7,70 metros de profundidad. El uso ganadero es probable, como abrevadero, majada o asestador. La tradición oral refuerza esa hipótesis en otros lugares, como en la cueva de Les Llidoners, en Culla, que todavía se utilizaba en 1999 por pastores para refugiarse con sus rebaños.

5. LAS MAJADAS, UN REFUGIO DE TIPO MIXTO

Una construcción directamente relacionada con las cuevas-corrals son las majadas, construidas al amparo de voladizos o salientes rocosos formados en las cavidades que la erosión ha excavado en la roca¹⁶. Sus emplazamientos suelen coincidir con las cimas de muelas calcáreas —tan habituales en el interior de Castellón, Teruel y Tarragona— y, por supuesto, se ubican en los alrededores de los pastos de verano, ya que muchas de esas montañas de cumbre plana se convierten desde la Edad Media en espacios cerrados para el ganado, donde el pastor no tiene que invertir excesivo esfuerzo para controlar a sus animales debido a los límites naturales que impone la propia muela.

En algunos casos estas majadas aprovechan auténticas cavidades para apoyar los muros delimitadores de la corraliza y es habitual que la roca

16. El término majada tiene diferentes acepciones. Si bien en la montaña mediterránea este vocablo parece asociado a esas corralizas adosadas a salientes rocosos, en otros lugares se emplea como sinónimo de descansadero y, por tanto, en un sentido más amplio. La Real Academia Española (RAE), por su parte, concede a esta palabra el significado general de lugar donde se recoge de noche el ganado y se albergan los pastores, pero también lo considera sinónimo de estiércol de los animales. La etimología del término procede del ‘maculata’ latino, por lo que también podría ser traducido directamente por estercolero o lugar donde se recoge el estiércol. ‘Madallar’ o majadar, que deriva de majada o ‘mallada’, significa depositar los excrementos del ganado (Martines, 1999: 605). La RAE también recoge que majadera, en referencia al ganado ovino, es abonar la tierra con estiércol cuando las ovejas están recogidas en una majada.

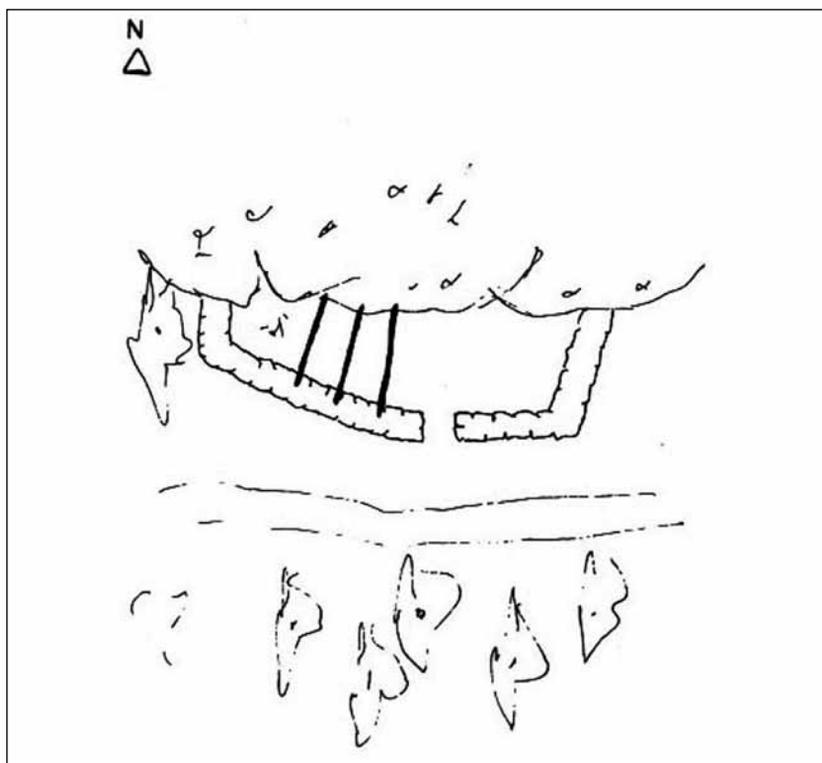


Figura 2. Majada en los alrededores del Mas de Noé (Ares del Maestre, Castellón).
Elaboración propia.

sirva para ahorrarse la construcción de paredes adicionales (Figura 2). En definitiva, estas construcciones trashumantes pueden considerarse como un tipo mixto entre las cuevas-corrals y las corralizas —estas suelen siempre ser exentas o, como mucho, integrarse en alguna pared delimitadora de parcelas o pastos—, adquiriendo rasgos de unas y otras.

Como elementos comunes pueden destacarse su planta, que siempre suele ser rectangular para extraer el máximo beneficio de la roca que les sirve de paramento, la existencia de balmas u oquedades que otorgan relativa protección para el ganado en caso de lluvia o nevada y la presencia de elementos específicos para el pastor, como barracas independientes que se

integran en el conjunto. Ese refugio, que también puede ser utilizado por los animales más débiles, suele ubicarse en la parte más alejada del acceso principal.

La tipología arquitectónica escogida para estas construcciones siempre es la piedra en seco, siendo habitual que las paredes estén coronadas con losas colocadas en *rastell* —piedras dispuestas verticalmente¹⁷— para garantizar la seguridad del espacio acotado para el ganado.

En este sentido, las barracas integradas en estas majadas coinciden por sus características con las construcciones conocidas como *pont de bestiar*, las típicas barracas de Menorca, que también apuestan por plantas rectangulares, con paredes levantadas con la técnica de la piedra seca y con una cubierta apuntada, configurada mediante la superposición de cuerpos cilíndricos coronados por grandes losas planas que, habitualmente, se revestían con un estrato de tierra cultivada para impermeabilizar el conjunto. El uso pecuario y agrícola de esos edificios está bien documentado en las Baleares, donde se asegura que durante el siglo XIV ya se levantaban muros de piedra seca (Vidal *et al.*, 2000: 162-3).

6. CONCLUSIONES

El análisis de las cuevas como hábitat trashumante ha permitido descubrir una tipología patrimonial en desuso pero que aporta lecciones de austeridad y funcionalidad, ya que no es habitual encontrar un balance tan exitoso en la relación entre una actividad económica —la trashuman-
cia— y los recursos naturales —cavidades en la roca— a lo largo de la historia.

Las cuevas coinciden con el patrimonio trashumante en su polivalencia, ya que se han descubierto las diferentes funciones que esos refugios aportaban tanto a los pastores —lugar de pernocta, sestero o asestador para el ganado por unas horas, punto para abrear— como a la población

17. Habitualmente ese tipo de coronación de los muros cumple varias funciones, como evitar que el ganado o los depredadores puedan saltar la pared, no oponer excesiva resistencia al viento, así como evitar la infiltración de agua de lluvia en el corazón del muro.

rural. La existencia de cuevas-corral y cuevas-masia es una buena muestra de la adaptabilidad de las cavidades, cuyo espacio es fragmentado en función de su utilidad prioritaria.

La existencia de un auténtico arquetipo o modelo arquitectónico para convertir las cavidades en lugares útiles para la actividad humana parece evidente —los refugios analizados comparten una serie de cualidades afines— y, de hecho, puede considerarse que su origen se encuentra en épocas remotas a tenor de la intensa utilización que nuestros ancestros hicieron de las cuevas.

Las variables dimensiones de las cavidades, sus plantas irregulares y los usos mixtos que han tenido durante miles de años enriquecen ese arquetipo trashumante que encuentra en las majadas —refugios no completamente cubiertos por la roca— un complemento idóneo en la configuración de una red de infraestructuras trashumantes que jalonan las rutas pecuarias mediterráneas.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilella Arzo, G., Gusi Jener, F. (1999), “El jaciment prehistòric de La Cova dels Diablets (Alcalà de Xivert, Castelló)”, *Quaderns d'Arqueologia i Prehistòria de Castelló*, 20, Castelló, Diputació de Castelló, pp. 7-36.
- Bernat Agut, J. (2000), *Toponímia rural d'Atzeneta del Maestrat. Recull toponímic i estudi primerenc*, Castelló, Diputació de Castelló.
- Beltrán Martínez, A. y Pascual Pérez, V. (1974), *Las pinturas rupestres prehistóricas de La Sarga (Alcoy), El Salt (Penáguila) y El Calvari (Bocairrente)*, Valencia, Diputación Provincial de Valencia, Servicio de Investigaciones Prehistóricas.
- Celada, J. D.; Llamazares, T. E.; Zorita, E. (1993), *La ganadería extensiva en las comarcas bercianas de Somoza y Balboa (León)*, León, Universidad de León.
- Cervera, J. L.; Domínguez, J. y Galiana, J. V. (2005), *Els catxirulos de Benaguasil. Una artesanía de pedra en sec*, Benaguasil (València), Ajuntament de Benaguasil.

- Colominas Barberá, L. (2004-2005), “La gestió ramadera durant la segona meitat del primer mil·lenni al Llevant Occidental Peninsular: Model general o especialització entre assentaments?”, *Quaderns d'Arqueologia i Prehistòria de Castelló*, 24, pp. 213-226.
- Del Río, J.M. (2004), *Un viaje trashumante. Cervera, Mosqueruela, una cañada centenaria*, Benicarló, Centro de Estudios del Maestrazgo, Cuaderno nº 8.
- Filoli i Fons, J. (1999), “L'evolució en els models d'ocupació del territori al curs inferior de l'Ebre i plana litoral del Baix Maestrat durante la protohistòria”, *Quaderns d'Arqueologia i Prehistòria de Castelló*, 20, pp. 95-114.
- Farnós Bel, A. (coord.) (1993), *Cuadernos de la trashumancia nº 14. Gúdar-Maestrazgo*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, ICONA.
- Guinot Rodríguez, E (1992-1993), “La ramaderia al Maestrat medieval: entre l'expansió i la crisi”, en *Estudis castellanencs*, 5, pp. 255-274.
- Gusi Jener, F. (1974), “Ecosistemas y grupos culturales humanos en las comarcas de Castellón durante el Pleistoceno y mitad del Holoceno”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología castellanenses*, 5, pp. 191-206.
- (1984), *Castellón en la prehistoria*. Castelló, Diputació de Castelló.
- y Olària, C. (1984), *Arquitectura del mundo ibérico*, Castellón, Consejo de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de la Comunidad Autónoma Valenciana.
- y Aguilera i Arzo, G. (1998), “Les ocupacions eneolítiques de la Cova de Dalt del Tossal de la Font (Vilafamés, Castelló)”, *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 19, pp. 53-104.
- López Jornet, H. (2008), “Los herbajes de Jérica. Una aportación a la Cartuja de Vall de Crist”, *Boletín del Instituto de Cultura del Alto Palancia*, 18, pp. 7-21.
- Martí Oliver, B.; Pardo Ballester, R.; Segura Martí, J.M.^a (1977), *Cova de L'Or (Beniarrés-Alicante)*, Valencia, Diputació Provincial de Valencia, Servicio de Investigaciones Prehistóricas.

- Martines, J. (1999), “Dues petites aportacions al lèxic de la ramaderia”, en G. Colón Domènech y J. Sánchez Adell (eds.): *Vida rural i ramadera/Vida rural y ganadera*, *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LXXV, pp. 605-616.
- Miralles, F.; Monfort, J.; Marín, M. (2002), *Els homes i les pedres. La pedra seca a Vilafranca: un paisatge humanitzat*. Castelló, Diputació de Castelló.
- Morales, J.V. y Seguí, J. (2007), “Introducció a un estudi etnoarqueològic de l’activitat transhumant al Nord del territori valencià”, *Revista Valenciana d’Etnologia*, 2, pp. 197-215.
- Nebot Calpe, N. (1991), *Toponimia del Alto Mijares y del Alto Palancia. Estudio etimológico*, Castelló, Diputació de Castelló.
- Olària, C. (2007), *Un passeig per la prehistòria. Guia de l’art rupestre lleuantí de Castelló*, Castelló, Universitat Jaume I.
- Oliver Foix, A. (2005), *El Puig de la Nau de Benicarló. Guia de visita al jaciment*, Benicarlo, Ajuntament de Benicarló.
- Rubio Miguel, J. (2006), “Les Ordenances Municipals de l’Alcora donades pels comtes d’Aranda als segles XVII i XVIII”, *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LXXXII, pp. 115-147.
- Rubio Vela, A. (1999), “El ganado de Valencia y los pastos del reino. El avituallamiento urbano bajomedieval como factor de conflictividad”, en G. Colón Domènech y J. Sánchez Adell (eds.), *Vida rural i ramadera/Vida rural y ganadera*, *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LXXV, pp. 651-720.
- Sánchez Adell, J. (1986), “Aportaciones a la historia de la ganadería medieval castellonense. La sentencia de Villahermosa entre Castellón y las aldeas de Teruel, sobre pastos, de 1390”, *Estudis castellonencs*, 3, pp. 311-336.
- (1992-1993), “Algunos aspectos de la práctica ganadera medieval por tierras castellonenses”, *Estudis castellonencs*, 5, pp. 349-394.
- Segura Beltrán, F. (1987), *Las ramblas valencianas*. Valencia, Universitat de València.
- (2003), “Rambles i barrancs, els rius de pedres”, *Mètode*, 38.

- Simó Castillo, J.B. (1993), “La construcció de bancals i la intel·ligència adulta”, *Boletín del Centro de Estudios del Maestrazgo*, 43-44, pp. 5-44.
- Solsona Benages, F.J. (2001), *Estudio toponímico del término municipal de Puertomingalvo (Teruel)*, Castellón, Universitat Jaume I, Ayuntamiento de Puertomingalvo.
- Soriano Martí, J. (2002), “Los espacios comunales de aprovechamiento mixto pecuario-forestal en la provincia de Castelló: los boalares o bovalares”, en J.A. Piqueras Arenas (coord.), *Bienes comunales: propiedad, arraigo y apropiación*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, pp. 95-130.
- (2007), “Poblamiento y actividades agrarias tradicionales en la montaña mediterránea: el caso de Ares (Castellón)”, en J. S. Bernat i Martí, y F. J. Guerrero Carot (eds.), *Las comarcas de interior: una perspectiva demográfica*, Segorbe (Castellón), Instituto de Cultural del Alto Palancia, pp. 139-151.
- y Ortells Chabera, V. (2001), “Las roturaciones de tierras forestales en el siglo XVIII frente al abandono agrícola actual: el monte Pereroles de Morella (Castelló)”, *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 191, pp. 61-79.
- Viciano Agramunt, J.L. (2003-2005), “Unes mostres de masos en cavitats. Conca del Monlleó”, *Estudis Castellonencs*, 10, pp. 303-320.
- Villanueva Morte, C. (2003-2005), “Litigios en el proceso de deslinde y amojonamiento entre los términos de Villahermosa del Río y Cortes de Arenoso en el último cuarto del siglo XV”, *Estudis Castellonencs*, 10, pp. 5-42.
- Vidal González, P. (2006), “Bajar al reino. Antropología de un camino de ida y vuelta”, en P. Vidal González y F. J. Antón Burgos (eds.) *Trashumancia de los pastores turolenses a la Sierra de Espadán, Castellón*, Madrid, Universidad Católica de Valencia, Universidad Complutense, pp. 27-43.
- Vidal, J.M.; Rita, J.; Martín, C. (2000), *Menorca. Reserva de la Biosfera*, Menorca, Consell Insular de Menorca.
- VV. AA. (1987), *Homenaje a Mosén Milián*. Extracto del artículo publicado en el *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* en 1927, Castellón, Diputación de Castellón, pp. 179-185.